

Cinéfilos, cinéfangos y cinemaníacos

(II parte)

(A propósito de un libro de Jesús Palacios)

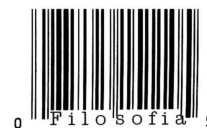
El escritor y crítico de cine Jesús Palacios publicó en Espasa en el año 2006 un libro con un título provocador: *¿Qué debes saber para parecer un cinéfilo?* En esta reseña explicaré los que son, a mi juicio, los puntos fuertes y débiles de aquél. En líneas generales considero que las críticas pueden analizarse conforme a las siguientes perspectivas:

- a) Crítica falaz e impertinente a la totalidad del proyecto (del libro).
- b) Crítica pertinente a contenidos concretos del proyecto que no afectan a la totalidad.
- c) Crítica pertinente a contenidos concretos del proyecto que sí afectan a la totalidad.
- d) Crítica pertinente a la totalidad del proyecto que cuestiona muy gravemente la calidad y viabilidad de éste.

En un número anterior analizamos los dos primeros puntos. En éste examinamos los dos restantes.

Crítica pertinente a contenidos concretos del proyecto que sí afectan a la totalidad

Si de lo que se trata es de parecer, esto es, de ser (según lo expuesto la distinción entre “parecer” y “ser” es aquí meramente formal) un cinéfilo, creemos que la atención prestada por el autor al cine americano – norteamericano– es exageradamente desproporcionada. En las tres partes en las que se divide el libro (“Historias de la historia del cine”, “Clásicos y no tan clásicos” y “Modernos y posmodernos”) se habla, sobre todo, del cine concebido y creado allí. Ciertamente se comentan también otros cines (español, europeo del este, alemán, japonés, etc.), pero la impresión que uno tiene una vez que ha leído la última página del libro es que se le ha mostrado un centón de datos del cine preferentemente americano. Pues bien, conocer infinitud de detallitos y anécdotas sobre Hollywood y “aledaños” podrá servir para “dar el pego” – Jesús Palacios lo llamaría “parecer” – como cinéfilo en algún local de Malasaña o Chueca ante un auditorio con similar preparación y ambiciones, pero no serviría ni siquiera para



“parecer cinéfilo” en otros saraos más ambiciosos. “Lo que se lleva”, “lo in”, “lo cool”, “lo fashion”..., en definitiva la batalla de las apariencias que es la que se pretende ganar con este libro, nunca se juega en el terreno de lo manido y convencional (¡Hollywood, siempre Hollywood!) sino yendo “a lo otro”, “a lo alternativo” (al menos aparentemente). Y por eso precisamente, como sabe cualquiera que frecuente los círculos de culturetas pseudocinéfilos, hablar ante los tertulianos de esos círculos de cine americano en general es condición necesaria y suficiente para que le den a uno el pasaporte de “vulgar”. Ahí lo que se lleva es el cine de Antonioni, de Kiesloweski, de Tarkovski, de von Trier..., y no digamos ya los cines asiáticos, africanos, etc. Y si uno frecuenta los festivales de cine (apenas se habla de ellos en el libro), raros a poder ser, y comenta películas allí exhibidas, minoritarias, y que a buen seguro jamás serán estrenadas en circuitos comerciales es casi seguro que se convertirá en cinéfilo puro e intocable.

Resulta sumamente curioso que siendo nuestro autor plenamente consciente de que el cine de calidad se cocine muchas veces lejos del imperio, apenas se le dedique atención. Así a la pregunta “¿cuál es el cine más creativo e importante de la actualidad?” el mismo responde de la siguiente guisa: “El que procede de Extremo Oriente. Japón, China (incluyendo Hong Kong) y la China nacionalista (Taiwán), Corea del Sur, India Tailandia e incluso Filipinas, aparte de tener una historia de cine propia, poco o nada conocida en Occidente, en los últimos años han desarrollado una producción impresionante, que supera ampliamente en calidad, experimentación y riesgo la del cine occidental, tanto en los géneros comerciales tradicionales como en el cine de autor”. Continúa diciéndonos que esos países han asimilado lo mejor de los cines americano y europeo, y que directores como Wong Kar-Wai, John Woo u otros muchos “hacen las delicias del verdadero cinéfilo” (Jesús Palacios, *ibídem*, p. 241).

No compartimos en líneas generales esta laudable descripción del cine asiático, pero no entendemos como si se hace se le presta de hecho tan poca atención. La única explicación que se nos alcanza es que el propio Jesús Palacios considere que saber de este cine no sirve para parecer cinéfilo – esto es, para presumir –, pero como creemos que lo que realmente sirve para parecer cinéfilo es saber de éste y no del otro (del



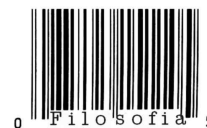
americano) forzoso es concluir que los cenáculos de cinéfilos que frecuentamos deben de ser muy distintos. Cuestión de sociología, pues.

En definitiva, Jesús Palacios, que sin duda sabe de cine y mucho, ha obrado con este singular libro que recensamos lo imposible: ser cinéfilo y no parecerlo

Crítica pertinente a la totalidad del proyecto que cuestiona muy gravemente la calidad y viabilidad de éste

Para parecer (ser) un cinéfilo no basta en modo alguno – y en realidad en gran medida sobra– acumular datos e informaciones, por muy relevantes que éstos sean. Se necesita algo de índole cualitativa, se necesita un *criterio*. Un criterio en virtud del cual se establezcan los parámetros o coordenadas por los cuales un director o una escuela de cine o un actor o lo que sea son directores, actores..., importantes o buenos, o todo lo contrario. Hay criterios de muy diferente naturaleza (económicos, sociológicos, geográficos, etc.), pero todos remiten –o deben remitir– a un fondo de naturaleza filosófica que al menos determine por qué se ha elegido ese criterio y no otro. En consecuencia, los criterios, si son realmente criterios, son siempre de naturaleza filosófica, y es esta dimensión filosófica insoslayable la que echamos de menos en este libro de Jesús Palacios y en realidad en la inmensa mayoría de lo que se publica sobre cine y sobre arte en general.

Ante la ausencia de criterios explícitos sólo quedan los juicios de valor, con los que, evidentemente, podemos estar o no de acuerdo, pero que carecen de “valor” si no tienen esa previa fundamentación filosófica. Es decir, podemos estar de acuerdo con nuestro autor en que Buster Keaton fue mejor actor que Charles Chaplin, o en calificar el manifiesto *Dogma 95* como una *boutade* o en lamentar el injusto menosprecio que durante largo tiempo sufrió el director italiano Sergio Leone, pero el consenso es totalmente trivial si desconocemos los motivos del otro, es decir las razones en que fundamenta su juicio. Como éste es el caso, lo único que se presenta ante nuestros ojos son una retahíla de informaciones, lugares comunes por lo general (aunque sería injusto



no reconocer algunas originalidades y aportaciones sorprendentes), ante las que sólo cabe asentir o disentir, pero no razonar.

La única fibra filosófica que el libro posee, y con mucho su principal valor, radica en la tipología establecida en el prólogo que distingue entre cinéfilos, cinéfangos y cinemaníacos. Ahora bien, como tampoco aquí hay un verdadero criterio filosófico que la vertebre, resulta que la mencionada distinción no nos vale de gran cosa. Así, el cinéfangos, que es la figura a reivindicar “se alimenta de todo el cine, y mientras lo digiere y deglute, le saca el máximo provecho, paladeando cada guiso en su justa medida, cada sabor cuando lo desea y cada plato en su momento” o con palabras muy parecidas cinéfangos es quien tiene “la capacidad de disfrutar de todo tipo de cine, incluido el considerado como basura y el que lo es realmente, ejerciendo de *gourmet* hedonista, y eligiendo apropiarse de lo que a uno le apetezca y satisfaga de entre todo aquello que ofrece el infinito universo del cine” (p. 243).

Objetamos gravemente que si cinéfangos es simplemente aquel que va al cine cuando le apetece para ver lo que le apetece sin criterio alguno más allá del “mero placer” (desconocemos de qué tipo) entonces cinéfangos es cualquiera. De esta figura tan vulgar “están ya las salas llenas” y para decirnos que son el no va más en paladar cinematográfico no hacía falta escribir un libro. Si ser cinéfangos consiste en no obsesionarse como hace el cinéfilo en un criterio que de antemano seleccione lo que hay que ver y cómo hay que verlo, es decir, si el cinéfangos es simplemente un tipo no maniático ni obsesivo en una sociedad seriamente amenazada por la paranoia como la nuestra, entonces Jesús Palacios debería haber escrito un libro sobre psicología y no sobre cine.

En definitiva, hay en esta obra de Jesús Palacios algo de naturaleza profundamente antifilosófica, una negación no ya de un criterio u otro para ver el cine, sino del concepto mismo de criterio como algo que, a su parecer, limita de raíz el disfrute cinematográfico. Evidentemente, el criterio del anticriterio –tan posmoderno– es un criterio como otro cualquiera, y que no aguantaría un análisis siquiera preuniversitario.